

ALMACEN
DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 3 DE DICIEMBRE DE 1844.

GABRIELA Y CLARA DE LAVAL,

leyenda histórica del siglo XVI,

por Alejandro Dumas.

(Conclusion.)

— ¡Qué diablos! dijo Victor, si la puerta no cierra mejor que eso, harás bien en conducirnos á otra parte.

— La aseguraremos por dentro, dijo Gabriela.

— Guardaos bien de hacerlo, hermosa señora, respondió el pescador: eso sería denunciaros á primera vista. Nó, nó, esos escomulgados tienen la costumbre de encontrar abierta esta puerta; dejadla como está, que no encontrando ninguna alteracion podrá ser que nada sospechen. Creedme y haced lo que os digo.

— ¿Creeis que vendrán? preguntó Clara con temor.

— Puede que vengan, y puede que no:... mas no puedo asegurarlo porque esos malditos italianos son volubles como una veleta. En todo caso, trataré de darles bien de cenar para detenerlos en mi casa.

— Toma, para indemnizarte de la cena que les vas á dar, dijo Victor poniendo dos monedas de oro en las manos del patron Bourquié.

— ¡ Ah! no hay necesidad de eso, Mr. Victor; quiero tener el gusto de servirlos en nombre de Dios; sin embargo, no quiero rehusar vuestro regalo por no ser impolítico.

— Vamos, guarda eso, y ponte de centinela.

— Sí, sí; pero no cerréis la puerta: ¿ habéis oído?

— Tranquilízate, que así lo haremos.

— Entónces buenas noches. ¡ Ah! señoras, añadió volviéndose atrás, si sabéis alguna oracioncita que sea muy eficaz... No tengo el atrevimiento de daros un consejo; pero ya sabéis que no hareis mal en decirla.

El patron Bourquié, como espantado de su osadía, saludó con la mano y salió apresuradamente.

Habiendo quedado solo Victor con sus dos compañeras, trataron de reconocer á tientas el sitio en que se hallaban, porque encender una luz hubiera sido denunciarse infaliblemente: fuerza era, pues, que las manos les sirviesen de ojos. Al hacer este reconocimiento, Victor oía latir el corazón de sus compañeras en medio del profundo silencio que reinaba, y aun creía reconocer los latidos del de Clara. En fin, encontró la escalera.

— Por aquí, dijo. Las dos señoras se encaminaron á donde habia sonado la voz; Victor estendió un brazo y cogió una mano temblorosa que por temor, sin dada, estrechó la suya; pero Victor no tuvo necesidad de preguntar de quién era aquella mano.

— Seguidaos, señora, dijo volviéndose al lado donde presumia hallarse Gabriela; estamos al pie de la escalera.

— Pues subid, dijo entónces Mine. de Laval, estoy agarrada de las faldas de Clara.

— ¿ Qué buscáis, tia? preguntó la jóven.

— Nada, mi pañuelo que se me ha caído.

— Voy á bajar al momento y lo buscaré, dijo Victor.

Los tres subieron entónces la oscura y estrecha escalera que conducia á los pisos superiores, buscaron en la oscuridad la puerta de una sala, y entraron en la primera que encontraron decididos á esperar en ella, que el mar se serenara. Las damas no pudieron ver si el amueblado era digno de ellas, pues el cuarto estaba enteramente oscuro; pero se alegraron sobremanera de encontrar una cosa blanda que parecia un colchon.

— Victor, dijo Gabriela, si quereis iros descansaremos un momento.

— Y velareis por nosotras, ¿ no es verdad? añadió Clara.

— ¡ Oh! confiad en mí, señorita, respondió Victor, y os aseguro que ningun centinela ha sido nunca tan vigilante en su puesto como yo lo seré en el mio.

— Y buscad mi pañuelo, que por él podrán descubrirnos.

— A eso voy, respondió Victor, y poco despues se le oyó bajar la escalera.

El jóven anduvo buscando por algun tiempo, pero no pudo encontrar el pañuelo.

Entretanto las dos señoras se despojaban de sus ropas, con las cuales les era imposible acostarse.

— ¿ Sabéis, tia, dijo Clara, que Mr. de Laval debe estar á estas horas en una terrible inquietud?

— ¡ Bah! respondió Gabriela, estos son accidentes de la guerra. Mr. de La-

val nos cree muertas, y como está de guardia en la torre de Santa Paula no tendrá tiempo ni aun para llorarnos. Quisiera tener á mano un espejo.

— ¡Un espejo, tia! ¿y para qué?

— Para componerme este cabello que está en un desorden horrible.

— Pero aunque tuvieseis el espejo, tia, me parece que no os serviría de mucho en esta oscuridad en que estamos.

— ¡Bah! la luna es tan clara, que veríamos ahora como en medio del día: abre un poco esa ventana, Clara.

— ¡Mirad, tia, que eso es una imprudencia!

— Nó, nó; es solo para ver si todo está tranquilo.

Clara obedeció, y un rayo de luz nocturna iluminó el cuarto, alumbrando al mismo tiempo la hermosa cabeza de la jóven que estaba de pie cerca de la ventana, y que se asemejaba á Amphitrite, la jóven reina de los mares echando una mirada cariñosa sobre la belleza salvaje de sus dominios.

Durante este tiempo Gabriela habia encontrado el espejo que deseaba, y colocada un poco detrás de Clara y en el mismo rayo de luna se arreglaba el cabello.

— Ya está hecho, dijo despues de un momento: ahora vamos á acostarnos en esta cama. Rezaremos la letanía de la Virgen y la oracion *sub tuum* ántes de dormirnos; yo diré los versículos y tu responderás *ora pro nobis*. ¿Vienes?

— Sí, tia, sí, dijo Clara retrocediendo un poco aunque sin quitarse de la ventana; pero me parece...

— ¿Qué? preguntó Gabriela.

— Ver unos hombres que vienen hácia aqui por el mismo camino que hemos traído. Los estoy oyendo, tia, los estoy oyendo.

— ¡Bah! dijo Gabriela, es el viento que mueve las hojas de los árboles.

— Nó, tia, miradlos, allí están; son cinco... seis... siete...

Gabriela se apartó de la cama donde iba á acostarse, se acercó á la ventana y apoyándose sobre los hombros de Clara se alzó sobre las puntas de los pies y miró por encima de su cabeza.

— ¿Los veis? dijo Clara conteniendo la respiracion.

— Sí, los veo...

Los hombres pronunciaron algunas palabras.

— Son italianos, dijo Gabriela.

— ¡Oh! Dios mio, Dios mio, somos perdidas, dijo Clara juntando las manos.

Tres ligeros golpes dados en este momento á la puerta hicieron estremecer á las dos damas; despues oyeron una voz que decia: «Soy yo, no tengais miedo, es Victor Vivaux.»

— Gabriela corrió á la puerta y la abrió.

— ¿Qué hay? preguntó.

— Que vienen hácia este sitio.

— ¿El enemigo?

— Tengo miedo.

— ¿Y qué haremos?

— Seguid el consejo del patron Bourquié, subid á los demas pisos, buscad un lugar donde ocultaros, y no os inquieteis por mí. Aunque parezca que me alejo no os perderé de vista; y sin esperar la respuesta de las damas desapareció en la oscuridad de la escalera.

— ¿Clara? dijo Gabriela.

— Aquí estoy, tia.

— Ven, y....

Al decir esto la cogió la mano y la sacó fuera del cuarto.

Subieron al segundo piso, y allí permanecieron en acecho con el oído atento á la escalera.

Al mismo tiempo entre el emparrado y las escaleras del pórtico estaban hablando en alta voz dos hombres que parecían los gefes de una banda de merodeadores, sin reparo alguno, y de modo que se les podía oír muy bien con el silencio de la noche.

— Te digo, Tadeo, decía uno de ellos, que las he visto pasar como sombras, y que he medido sus pies en la arena: no son mas largos que mi dedo, ni mas gruesos que mi lengua. Además ¿qué dices de esa franja que hemos encontrado en la colina? ¿Tadeo, aquí huele á carne fresca!

— Empiezo á creer que tienes razon, respondió el otro.

— *Per-Bacco*, ya lo creo que tengo razon; ya ves, hemos perdido el rastro á veinte pasos de aquí donde empieza el empedrado, de modo que esas diosas, si no están tomando un baño en las lagunas, deben estar detrás de aquella puerta. ¡Bien! ¿dónde está mi asistente? ¡Eh! Cornelio, ven acá. Ven pronto. ¿Qué diablos estás haciendo, bribon? ¿estás contando las estrellas? Escucha, pasa por ese arco, buen tudesco, y guarda la casa por el otro lado para cortar la retirada, y por San Pedro, mis bellas damas, que no os habeis de escapar.

— ¿Qué es esto? dijo Tadeo recogiendo el pañuelo que Gabriela creía haber dejado caer en el vestíbulo y que se le cayó al pie de la escalera del pórtico.

— ¡Vive Dios, camarada! dijo Gerónimo tomando el pañuelo de las manos de su compañero, esto es un *fazzoletto* muy bordado y muy perfumado con esencia de rosa, el cual no tiene trazas de haber salido de la faltriquera de un pescador: no se coge pescado con redes como esta.

— Subamos, Gerónimo, subamos. — Y vosotros camaradas, zsit, zsit... El resto de la tropa se acercó. Venid acá, y quedaos ahí. — Bien. Ahora sed prudentes, y se os darán las criadas si las hay.

— ¡Qué! no señor, subamos todos y fuera de preferencias que aquí todos somos iguales: además, mientras mas seamos, mas agradable será la visita. Solamente el otro alemán.... ¿Y mi asistente? ¡Forster, Forster!... ¡aquí! Siéntate en esos escalones con el puñal en la mano. Esas diosas traen un caballero en su compañía porque hemos conocido sus pisadas en la arena. Para las señoras todos los miramientos del mundo; para el caballero una bala de plomo. ¿Entiendes? buen alemán. Esta es tu consigna.

— *Ya; men heer*, respondió el asistente sentándose en el sitio que le habia indicado su gefe. Entonces Gerónimo empujó la puerta que segun las instrucciones del patron Bourquié, no estaba cerrada.

— No está esto mucho mas claro que un horno, dijo uno de los italianos; no tienes ahí tu eslabon, Tadeo?

— ¿Camiao yo nunca sin él? respondió el soldado.

En el mismo instante se vieron saltar chispas del pedernal, la yesca se encendió y la débil luz de una cerilla le sucedió; pero esta fué bastante para que Gerónimo viera un farol coloeado en un rincon del vestíbulo.

— Aquí está lo que necesitábamos: Dios protege á la gente honrada. Vamos, vamos.

Tadeo no se hizo de rogar; los italianos levantaron el farol, que iluminó todo el vestíbulo, pero los merodeadores no pudieron ver mas que redes de todos géneros amontonadas contra la pared.

— Estas son las redes de nuestro padre despensero, dijo Tadeo, es necesario respetarlas, porque vivimos de ellas.

— ¡Mirad que calumnia! respondió Gerónimo, pues con todo eso hay gentes que dicen que nada repetamos: esas son lenguas viperinas. Amigos, no toqueis á nada, ya sabeis que Borbon no juega cuando se trata de los bienes del prójimo.

— ¿Dónde están las mugeres? preguntó Tadeo.

— La ordenanza no habla mas que de las mieses, de los ganados, y de los muebles; ya veis que nada dice de las mugeres.

— Entónces, vamos al primer piso, dijo Tadeo, porque aquí nada tenemos que hacer.

La banda siguió este consejo, y entró en el cuarto que acababan de abandonar las damas.

— ¡Oh, oh! exclamó Gerónimo; los capullos se han quedado aquí, pero las mariposas volaron. ¡Dos vestidos de princesa! ¡Cáspita! Si yo fuera cardenal, querría una dalmática de estas telas. Compañero, mira este terciopelo y dime lo que debia haber debajo. ¡Oh! con solo tocarlo se me sube la sangre á la cabeza.

— No demos á las cosas mas valor del que tienen, dijo Tadeo.

— Atencion, compañeros, aquí hay dos escarcelañ... Esto es nuestro como Marsella es del Condestable. Mañana lo partiremos.

— Gerónimo, esta cama no está deshecha: nuestras diosas no han hecho mas que mudar de trage y se han escabullido. Toca la cama; está tersa y fria como un mármol.

— ¡A ellas, á ellas! gritó Gerónimo, que las hemos de encontrar aunque se oponga el diablo en persona. A estas palabras empezaron á subir la escalera.

Gabriela y Clara que no habian perdido una sola palabra de esta horrible escena, al oír que se disponian á subir en su busca, se apoderó de ellas un temblor convulsivo y se les erizaron los cabellos. Pero como no habia tiempo que perder, se lanzaron hácia el ángulo en que estaba la escalerilla de madera que conducia á la trampa del tejado, salieron á la azotea, tiraron de la escalera y cerraron la trampa. El tejado estaba rodeado por todas partes de un parapeto ménos por la facha del mediodia, en cuya direccion formaba un plano inclinado para facilitar la huida de las aguas llovedizas; luego que ambas señoras se vieron en este sitio procuraron ocultarse en uno de los ángulos.

Pocos instantes despues un grande estrépito de voces y que sonaba bajo sus pies les avisó que la banda habia llegado á la sala que daba paso á la azotea, y que aquel era el momento decisivo. Las dos nobles señoras se comprendieron sin hablarse, sus labios se juntaron en un beso de despedida, y con los brazos enlazados y los ojos fijos en el cielo se adelantaron rápidamente hácia las tejas que sobresalian del tejado. Con los ojos fijos en la trampa esperaban por momentos verla abrirse y en este caso ya habian tomado la resolucion de precipitarse desde la azotea sobre las losas del vestíbulo. Esta agonia fué larga y penosa. Las tejas crugian bajo sus pies y mas de una vez por efecto de una convulsion nerviosa se sintieron impelidas hácia el precipicio por una mano invisible. Suspendidas así é inmóviles sobre su tumba, se asemejaban á las estatuas del pudor y de la desesperacion, levantadas sobre las ruinas de una ciudad tomada á saco.

Entretanto el sonido de las voces fué disminuyendo, y se oyó en la escalera el ruido de sus pasos al alejarse: un rayo de esperanza brilló en sus rostros y levantaron los ojos al cielo con una espresion de gratitud infinita; Gabriela levantó al momento la trampa con precaucion, y oyó distintamente las lamentaciones de la banda que fueron seguidas del ruido que hizo la puerta al cerrarse. A poco se sintieron en la escalera unos pasos ligeros, y se oyó una voz tímida que con el acento de una desesperacion que se aumentaba por momentos, llamaba al traves de todas las puertas. Esta voz era la de Victor Vivaux.

La trampa se volvió á abrir, y la escala se colocó de nuevo: Victor dió un grito de alegría, y puso un pie en el primer escalon.

— Aquí estamos, Victor, dijo Gabriela á media voz.

— Pues venid pronto, respondió Victor, un minuto de tardanza es la muerte.

Las dos señoras bajaron la escalera con una agilidad admirable; pero cuando llegaron al vestíbulo oyeron á los soldados á quienes ya creian muy lejos, que estaban hablando debajo del emparrado. Victor colocó á las dos señoras detrás de las muchas redes que pendian delante de la pared, y se ocultó con ellas prestando atento oido á todo lo que pasaba; pues un ruido mal interpretado podia ser la muerte de los tres.

— Conque, capitan, decia Forster, la visita ha sido inútil.

— Sí, respondió Gerónimo con tristeza.

— ¿Habeis buscado bien por todos lados?

— No hemos dejado nada por registrar. ¿Y tú no has visto nada?

— Nada.

— Baja, que estás ya relevado.

— Gracias, dijo Forster levantándose: no lo siento; porque el puesto no es de los mejores.

— ¿Qué estás diciendo tu ahí?

— Digo, capitan, que cuando querais divertir os en pasear por los tejados no me pongais de centinela debajo de las canales.

— ¿Y por qué?

— Porque cuando llueven tejas y uno no tiene paraguas, es mal sano recibir la lluvia.

— ¿Cómo! ¿dices que te ha caído una teja en la cabeza?

— ¿Una? mas de diez me han caído; pero me mantuve firme en mi puesto: aunque todo el tejado se me hubiera venido encima no me habria movido de allí.

— Amigos míos, exclamó Gerónimo, en el tejado están: mira querido mio, si has dicho la verdad te daré diez doblas de oro.

— ¡Al tejado, al tejado! gritaron á un tiempo todos aquellos desalmados.

— Vamos, camaradas, ya sabeis el camino; quien quiera ser mi amigo que me siga... Cornelio, Forster, venid; vosotros tambien y rastread la cacería como buenos podencos que sois....

Y la banda, llena de nuevo ardor atravesó al vestíbulo y empezó á subir la escalera, dejando de oirse á poco, hasta los pasos de los dos alemanes que cerraban la marcha.

— Ahora, dijo Victor no hay que perder un momento, valor, y nos salvamos.

Al mismo tiempo salió el primero de debajo de las redes, y tomando de la mano á las damas salió con ellas fuera de la casa, sobre cuyo tejado estaba ya toda la banda.

— ¡Capitan! ¡capitan! gritó Forster, mirad como huyen por allí: mirad, mirad; = allí, allí..... cuidado..... *der Teufel!*

Un gran grito, un grito terrible, uno de esos gritos de muerte que atraviesan el espacio cuando una alma siente que va á salir violentamente del cuerpo, se siguió á este juramento. Los tres fugitivos se detuvieron llenos de espanto; entónces vieron como caer una cosa del tejado, y oyeron un ruido como el de un cuerpo que se estrellara en el enlosado.

— Es el capitán, dijo Vivaux estremeciéndose de horror, que se habrá acercado mucho al borde, y el tejado habrá cedido bajo su peso.

— ¡Capitan! ¡capitan! gritaron muchas voces; pero nada se oyó, ni un grito, ni un quejido....

— Ha muerto, dijo Vivaux: Dios tenga piedad de su alma; ahora pensemos en nosotros, y cogiendo á ambas damas cada una por una mano, se dirigió apresuradamente hácia la playa.

Una barca estaba á la orilla del mar, y los fugitivos se acercaron á ella; aunque la noche se había vuelto muy oscura, la tormenta había cesado, y el tiempo era sereno.

— Echemos esta barca al mar, dijo Victor; Dios no nos ha salvado tan milagrosamente para abandonarnos en el último trance.

— ¿Sois vos, Mr. Victor? dijo una voz que salía de la barca, mientras que una cabeza inquieta se levantaba sobresaliendo apenas de su borde.

— Nos hemos salvado, dijo Victor, es el patron Bourquié.

— ¿Y el mar? preguntó Gabriela.

— Tranquilo como una balsa, dijo el patron Bourquié, y el viento es bastante para no hacer ruido con los remos. Abordo, abordo.

— Entrad, señoras, entrad, dijo Victor.

Luego que se hubieron embarcado las señoras, el patron Bourquié empujó la barca y se lanzó detras de los fugitivos. Victor tenía ya los remos.

— ¡Nada de remos! ¡nada de remos! dijo Bourquié: los remos hacen ruido, la vela al viento, y Dios nos guie. ¿Dónde hemos de ir, Mr. Victor?

— A la cadena del puerto ó á la torre de San Juan.

— Bien, bien, dijo el patron; tomad el timon; cuando yo diga á estribor, apoyad sobre la izquierda, y cuando diga á babor volved hácia la derecha. ¿Entendeis?

— Sí.

— ¡Pues á la vela!

Y como si la barquilla no hubiera esperado mas que el permiso de su amo, comenzó á deslizarse blandamente por el mar. El patron había dicho verdad, la brisa los favorecía como si los hubiera conocido, y la pequeña vela negra é invisible como las olas, comenzó á hincharse y á impeler la barquilla. Al cabo de media hora la barca tocaba en la cadena del puerto, y Victor se daba á conocer á la guardia de la batería colocada á flor del agua. En este momento, un silencio solemne reinaba en la ciudad sitiada: los centinelas eran los únicos que velaban sobre los baluartes y delante de las tiendas, donde reposaban los dos ejércitos para repararse de las fatigas de la víspera, y cobrar nuevas fuerzas con el sueño para combatir al siguiente día.

A los treinta y nueve dias de sitio reinaba en Marsella la mayor consternacion, pues se había abierto una larga brecha desde la base de la torre de Santa Paula hasta el primer arco de la puerta de Aix. Era necesario un milagro para salvar á Marsella, porque sus defensores, fatigados de una resis-

tencia demasiado larga, buscaban en sí mismos un esfuerzo supremo que podían negarles sus brazos debilitados. Entónces apareció en medio de los baluartes inflamados, y ruinosos un nuevo ejército para socorrer la ciudad; un ejército de mugeres! Gabriela de Laval mandaba estas nuevas amazonas del moderno Thermodon, y Clara su sobrina llevaba la bandera de la ciudad Griega. A esta vista lanzaron los sitiados un grito de esperanza que espantó á los italianos que estaban sobre las alturas del Lazareto, y de San Victor. Cuando despues se dió el asalto encontró el Condestable á todos los habitantes de la ciudad defendiendo la brecha: jóvenes, ancianos y mugeres formaban un baluarte vivo que cubria las ruinas de las antiguas murallas, y Marsella gritó victoriosamente á su enemigo como Dios gritó al mar: «De aquí no pasarás.»

Quince dias despues se celebraba en la casa fenicia el casamiento de Victor Vivaux con Clara de Laval. El patron Bourquié no quiso otra recompensa que la de ser convidado á la boda. En cuanto á Mr. de Beauregard juró que jamas tocara á una sola piedra de aquella antigua casa, y legaria á sus hijos con su azotea, su vestíbulo y su emparrado y tal en fin, cual se elevaba en medio de las aguas como un albergue milagroso para salvar á dos mugeres heróicas, en una noche de terrible afliccion.

FIN.

Memorias sobre la vida del Conde Rostoptchine

escritas por él mismo en diez minutos.

Cierto dia la señora de*** dijo al conde de Rostoptchine.

¿Por qué no escribe V. su vida, conde?

— Señora lo haré con mucho gusto por complacer á V. Voy á principiar ahora mismo.

Con efecto se acerca á una mesa que tenia recado de escribir, y comienza desde luego su obra. Diez minutos habrian trascurrido, cuando se levanta, se dirige á la señora, y la entrega un pliego.

— ¿Qué es esto? dijo ella.

— Una memoria sobre mi vida que por dar gusto á V. acabo de escribir.

— ¿Tan pronto?

— Diez minutos habrán pasado, y aun me parece que he hecho esperar á V. demasiado.

La señora abrió el pliego y leyó lo siguiente.

MIS MEMORIAS,

O YO PINTADO AL NATURAL.

Obra escrita en diez minutos.

CAPITULO I.

Mi nacimiento.

Vine al mundo en 12 de marzo de 1765: inmediatamente me lavaron, fajaron y bautizaron. Nací sin saber por qué, y mis padres daban gracias al cielo sin saber de qué.

CAPITULO II.

Mi educacion.

Me instruyeron en muchas ciencias, y aprendí varios idiomas, de modo que con mi poca aprension y muchísima charla llegué á veces á pasar por sabio. Mi cabeza es una biblioteca desordenada cuyo registro solo yo poseo.

CAPITULO III.

Mis sufrimientos.

Me los han procurado en gran abundancia los preceptores, los sastres haciéndome la ropa estrecha, las mugeres, la ambicion, el amor propio, los desafíos, los soberanos y los recuerdos.

CAPITULO IV.

Mis privaciones.

No he podido disfrutar de ninguno de los tres grandes placeres de la vida humana, que son la vanidad, la gula y el orgullo.

CAPITULO V.

Epocas memorables.

A los treinta años he renunciado el baile; á los cuarenta á agradar al bello sexo; á los cincuenta á la opinion pública; á los sesenta á pensar; ahora soy un verdadero sabio, ó un egoista que todo es uno.

CAPITULO VI.

Retrato moral.

He sido testarudo como un mulo, caprichoso como una coqueta, alegre como un niño, dormilon como una marmota, activo como Bonaparte, y todo ello hasta el extremo.

CAPITULO VII.

Resolucion importante.

No habiendo podido nunca tener imperio sobre mi fisonomía, he dado rienda suelta á mi lengua, y contraido la mala costumbre de decir sin rebozo cuanto pienso: esto me ha proporcionado algunos ratos de placer y muchos enemigos.

CAPITULO VIII.

Lo que he sido, y lo que hubiese podido ser.

Siempre he sido sensible á la amistad y á la confianza de tal modo, que si hubiese vivido en la edad de oro, se me hubiese tenido por hombre de bien á carta cabal.

CAPITULO IX.

Principios respetables.

Nunca he dado motivo de desavenencia á ningun matrimonio, ni he sido chismoso: tampoco he recomendado á ningun cocinero ni á ningun médico; por lo mismo no me acusa la conciencia de haber atentado contra la vida de nadie.

CAPITULO X.

Mis inclinaciones.

He sido aficionado á tertulias de poca etiqueta y á dar un paseo por el bosque: he tenido involuntariamente tal aficion al sol, que al verle ponerse me entristecia. De los colores he preferido el azul; de comidas, la carne de buey con pimienta; de bebidas, el agua fresca; de espectáculos, la comedia y la farsa; de los hombres y mugeres los que tenian fisonomía franca y expresiva; pero sobre todo los jorobados de ambos sexos me han hecho siempre mucha gracia.

CAPITULO XI.

Mis antipatias.

Siempre me han repugnado los necios, los fátuos y las mugeres intrigantes que aparentan virtud: he tenido lástima á los pobres negros y á las mugeres presumidas; aversion á los ratones, las bebidas fuertes, la metafísica y el raibardo: y miedo á la justicia y á los perros rabiosos.

CAPITULO XII.

Análisis de mi vida.

Espero la muerte sin temor y sin impaciencia: mi vida es un mal drama de grande espectáculo, en el que he desempeñado el papel de héroe, de tirano, de amante, y de anciano noble, pero nunca el de criado.

CAPITULO XIII.

Favores que debo al cielo.

Mi mayor dicha es vivir independiente de los tres señores que gobiernan

hoy la Europa. Soy bastante rico, no me meto en cosas de política y no tengo afición á la música: por consiguiente jamás he tenido que ver con Rothschild, Metternich ni Rossini.

CAPITULO XIV.

Mi epitafio.

AQUI SE HALLA DESCANSANDO

UN VIEJO DIABLO

QUE HA MUERTO CON EL ALMA FASTIDIADA,

EL CORAZON VACÍO,

Y EL CUERPO GASTADO.

DÉJENLE EN PAZ.

CAPITULO XV.

Dedicatoria al público.

¡Público inconstante, órgano de pasiones tan diversas! ¡Tú que ensalzas hasta el cielo ó abates hasta el abismo lo que te se antoja, que alabas ó calumnias sin saber por qué; alarma personificada; eco de tí mismo; tirano cruel; hijo de la casa de locos; extracto de los venenos mas activos y de los mas suaves aromas; embajador del diablo cerca de la especie humana; furia disfrazada con el traje de caridad cristiana; público, á quien he temido en mi juventud, respetado en mi edad madura, y despreciado en mi vejez, á tí dedico estas memorias. Público gracioso: ya por fin me hallo á cubierto de tus tiros, porque estoy muerto y por consiguiente sordo, ciego y mudo. Ojalá puedas pronto gozar de estas ventajas para tu reposo y el del género humano!

Poesía.

INTRODUCCION.

Cerca del Cairo se eleva una palmera arrogante,
y su ramage flotante pretende el cielo tocar.
¡Quién no se asombra al mirarla tan galana y tan erguida,
ostentar su larga vida,
conservando su verdor.

Y despreciando los años
descuella ufana, altanera
mirando el àguila fiera
remontars- hasta el zénit.

Ella ha visto á los Sultanes
del Egipto floreciente,
humillar la altiva frente,
ante el pendon de la cruz;

Ya el anhelante cristiano
que buscando iba gozoso,
por aquel suelo ardoroso
la tumba del Salvador.

Bajo sus ramas se escucha
el murmullo de una fuente
que aunque halaga dulcemente,
entristece el corazon.

Està casi destruida
por los vientos del desierto,
de musgo se ve cubierto
el grupu que la adornó.

La Pitonisa de Delfos
en su trípode esplendente
mostrando su augusta frente
que verde laurel ciñó,

Está en el centro; á su lado,
dos ninfas arrodilladas,
escuchan entusiasmadas,
la profética ilusion.

Aunque es sencilla esta fuente,
nombre en el Cairo tenia,
porque à su hermosura unia
una antigua tradicion.

Y por eso las bellezas
que al pie del Nilo vivian
y de sus rejas veian
las olas jugar, jugar,

Iban todas à su orilla
à mirarse en su corriente,
y gozar tranquilamente
bajo la palma el frescor.

Mas ya no adorna su márgen
la mahometana preciosa,
solo la pèrsica rosa
y el mirto crecen allí.

Bajo las palmas se acogen,
huyéndole à el sol ardiente,
que en aquel clima ferviente
no prospera tierna flor.

Buscando van la frescura
que gratamente arrebatada,
y su cáliz se retrata
en aquel puro cristal.

Y el entreabierto capullo
sobre verde tallo erguido,
en dulce vaiven mecido,
el céfiro hace ondular.

El pintado pajarillo
que por el desierto vuela
de la clara fuente anhela
la lèda linfa tocar.

Y Eolo el eco llevando
de su cantar inocente,
contraste hace con la fuente,
triste imàgen del dolor.

Y el viagero con planta presurosa,
que al firmamento centellante mira,
de la sed hostigado fatigosa,
que causa el aire que inflamado aspira,
de la fuente en la márgen bulliciosa,
que imita en su murmullo à blanda lira,
reposa y bebe el nectar deleitoso
con que brinda el raudal puro y hermoso.

Y entre las flores que en su orilla nacen,
ve de jaspe dos losas el viagero
que en su luciente superficie yacen
palmas que el Aquilon desgaja fiero.
Al Cairo apénas llegan, cuando hacen

les refieran el caso lastimero
que bizo poner dos losas funerarias
junto á la fuente y palma solitarias.

Y la palabra tomando,
de entre todos la mas vieja,
cabello cano arreglando
y las cejas enarcando,
le refiere esta conseja.

CUENTO DE OLAIRA Y ZAMOR.

Un moro en el Cairo habia
galan, discreto, arrogante,
del valor alarde hacia
y en su ropage lucia,
el oro, perla y diamante.

En la lid era el primero
que el alfange desnudaba,
y en aquel arrojio fiero
á el enemigo altanero,
ante sus pies humillaba.

Y por do quier le seguia
la victoria y la fortuna,
cuando el acero ceñia;
por sobrenombre tenia:
Sosten de la media luna.

En su varonil semblante
que juventud hermoseaba
lució mirada arrogante,
y su cabello flotante,
tostada frente adornaba.

Y las moras al mirarle
tan apuesto y tan gentil,
anhelaban cautivarle,
y en su red aprisionarle,
la mas bella de entre mil.

Pero él, amor despreciando,
tan solo al bélico son,
tajante acero empuñando,
marcial bandera agitando
gozaba su corazon.

Mas de Olaira él ignoraba

el encanto peregrino,
quien al verla no la amaba
y en el Eden no soñaba
al ver su talle divino.

Su perfumado cabello
suelto de oro en loengo rizo
al sol robaba el destello,
y la nieve de su cuello
realzaba mas su hechizo.

El la vió, pronto en el pecho
pasion volcànica ardió
y en su mente con despecho
de algun rival el derecho
con envidia contempló.

Y al decirla cuál la adora
con ardiente frenesí,
á la jóven seductora
que su llama abrasadora,
le presenta cual hurí,

El la ofrece una corona,
que con su alfange luciente
ella en la abrasada zona
conquistará si ambiciona
sultana ser del Oriente.

Ella escuchó ruborosa
y con ardiente mejilla
la passion impetuosa,
que en su alma candorosa
tambien amor puro brilla.

Y sus ojos seductores
los del moro se encontraron:

toda una vida de amores,
pasada entre gloria y flores,
á la bella revelaron.

«Te amo, jóven guerrero,
le dice; no deseo un trono,
conquistado con tu acero;
ni ser sultana yo quiero;
tu gloria es la que ambiciono.

Pero ¡ah! yo desvarío,
me engaña mi pensamiento:
al moro Adel, al impío,
que ora alejo con desvío,
me liga ya un juramento.»

«No lo cumplirás, muger,
si es verdadero tu amor:
por tí quiero perecer,
sacrificar el deber
y las leyes del honor.

¿Por qué se abrasa mi frente
en delirante pasion,
cuando contempla mi mente,
tu belleza refulgente,
y cándido corazón?

Si me amas cual yo á tí,
todo se trocó en dulzura,
felices seremos, sí,
buscando los ojos de aquí,
tranquilidad y ventura.

¿Qué importa perder un nombre,
por el valor alcanzado,
si en lugar de ese renombre,
que tanto envanece al hombre,
Olaira su amor me ha dado?

¿Consientes, jóven hermosa,
unirte al destino mio;
ó prefieres rigorosa,
sepultar en una losa,
mi cadáver yerto y frio?»

En el seno de la mora
deber y amor competian,
y en su faz encantadora,
bella perla abrasadora,
rasgados ojos vertian.

Y en su corazón ardiente
triunfando al fin el amor,
pronunció muy lentamente,
y con labio balbuciente,

«Te sigo, bello Zamor.»

»Gracias, muger celestial.

¡Oh! sílfida seductora,
ni por púrpura real,
trocara yo desleal
tu amor que mis sueños dora.

A las doce en esta reja
amorosa esperarás,
y al oír mi tierna queja,
el paterno alcázar deja,
y en mi grupa montarás.

Y rados dice el jóven moro:
»rados Olaira la bella,»
y mas luciente que el oro,
el acicate sonoro
va revelando su huella.

II.

Un hombre los ha escuchado
en negro ropon envuelto,
y en la pared apoyado,
su rostro está demudado
y su ademan es resuelto.

En su frente se pintaban
los tormentos del abismo,
y sus manos empuñaban
rico puñal que clavaban
con su furor en sí mismo.

Y sus labios contrayendo,
cual seco lirio morado,
esclamó con tono horrendo,
sobre sí un esfuerzo haciendo:
»¿Cuándo, Adel, serás vengado?

Cuando vencido veré
ese rival detestado,
en su muerte gozaré,
con mis plantas hollaré
ese Zamor tan nombrado.

Su muerte contemplará
esa muger que le adora,
y su rostro manchará
la sangre que apagará
la rabia que me devorá.»

Esto dijo, y presuroso
de la calle se ha alejado,
que otra vez volvió al reposo.

que el momento borrascoso
de esta escena había turbado.

Y la luna que brillaba
en su disco plateado,
la negra nube enturbiaba.
Tormenta se preparaba
en el eter azulado.

III.

El reloj las doce daba,
y su vibrante sonido,
Zamor con ànsia escuchaba,
y en noble bridon montaba,
por el amor impelido.

Y á la puerta de su amada
su bello alazán paró,
y con voz bien modulada,
por el viento acompañada,
de esta manera cantó:

Olaira mia,
mi alegría,
yo te adoro,
como á un Dios.

Y à mi alma
da la calma
ese rostro
seductor.

Hermosa deja ese alcázar
que aquí te espera tu amor.

Dorada reja se abrió,
que á la mora dió salida:
hondos suspiros lanzó,
y à decir Adios tornó
à aquella mansion querida.

Zamor en brazos la eleva,
la coloca en el corcel,
y en amantes lazos lleva,
la bella que amarle prueba,
la prometida de Adel.

Y veloce se lanzaba
el caballo cual el viento,
y los truenos despreciaba,
el rayo desafiaba

que rasgaba el firmamento.

Iban llegando á la fuente,
que cerca del Cairo está:
sonó un tiro de repente,
al caballo hunde la frente,
y muerto en el suelo dá.

Por el polvo confundidos
los dos amantes rodaban:
de el huracan los bramidos,
de las sierpes los silvidos,
con el trueno contrastaban.

Un hombre pone afanoso
sobre el pecho de Zamor
la rodilla, y valeroso,
con un acento horroroso,
»muere; dice, seductor.»

Y aguda daga clavando
en aquel seno ardoroso,
espiró Zamor amando,
y sus labios pronunciando
de su Olaira el nombre hermoso.

A este eco vuelve en sí,
porque desmayado estaba,
y viéndolo muerto allí,
aumenta su frenesí
ver à Adel cuanto gozaba.

»Le has muerto, bárbaro Adel:
piensas que yo seré tuya,
voy á morir como éi,
yo quiero seguirle fiel:
mi tumba junto á la suya.»

Sonó un trueno prolongado
y el relámpago brillaba:
en su pecho destrozado
rojo el puñal ha cortado
la vida que detestaba.

Y al mirarla Adel caida
sobre el cuerpo de Zamor,
esclama: »¡Olaira! ¡mi vida!
¡Olaira mia! ¡mi amor!
¡Perdon, perdon!»

Y espirante ella le dice
»recibe mi mal...di...cion...»

Al lado de la fuente y de la palma,
sepultaron sus restos denegridos,
y allí reposan para siempre en calma,

bajo marmórea losa siempre unidos:
 el padecer no agita ya su alma,
 pues del mundo no escuchan los gemidos,
 que solo el cefirillo cuando zumba,
 hace à la hermosa flor besar su tumba.

AMPARO LOPEZ DEL BAÑO

Sevilla y agosto 1844.

BALADA.

REBELDIA (á mi amigo J. B. A.)

Acaban los hielos al sol derretidos,
 con blando susurro sus hebras desata
 la fuente de plata:

de perlas se cuajan los prados floridos
 que vierte la aurora de luz y escarlata.

Gentil primavera perfuma el ambiente,
 y se hablan de amores las aguas y estrellas,
 la luna con ellas:

con ànforas salen buscando la fuente,
 y amores buscando las sueltas doncellas.

Querellas amantes el pájaro canta,
 las auras y vientos murmuran sonidos
 de Dios comprendidos;

y truenan los cielos y el mar se levanta,
 alegre exultando con hóndos bramidos.

Y fuentes y flores, y estrellas y mares
 te prestan en coro, *natura viviente*,
 su amor reverente!

tan solo son vanos amor y cantares
 del *hombre* rebelde que tu eco no siente!

Te olvida, sublime natura, y se fragua
 estériles sueños, y sombras muy bellas....

¡como esas doncellas
 que fueron por agua, y olvidan el agua!
 ¡con ànforas fueron y vuelven sin ellas!

¡Qué suerte atendemos con tal rebeldía?
 mas sabe la arista del páramo inerte
 que el hombre su suerte.

Busquemos ¡oh! amigo, la eterna armonía
 en todas las cosas, y venga la muerte!

PEDRO DE MADRAZO.

(Heraldo.)